



Dib. RAMIREZ.—Madrid.

—¡La amo a usted..., la adoro..., la idolatro...! ¿Quiere usted ser mi esposa?

—Ya; ya veo que aquí el que no corre, vuela.

Ayuntamiento de Madrid

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES



DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

 A LOS VERANEANTES 

Cuando preparen su equipaje, no olviden incluir entre
las cosas indispensables los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

Es un consejo que nos agradecerán ustedes cuando disfruten
tranquilamente de las delicias veraniegas.

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

17. — ¿Y este aguardiente?

PERDIZ
CONEJO
CHOCHA

50 ARTÍCULO

18. — Licor.

— ¿Dónde vas con esa prima-cuarta?
— A casa de prima-dos-tercia-cuarta.
— ¿Será alguna quinta-cuarta?
— Es una receta para hacer prima-dos-tercia-cuarta-quinta.

19. — Jeroglífico del mosto.

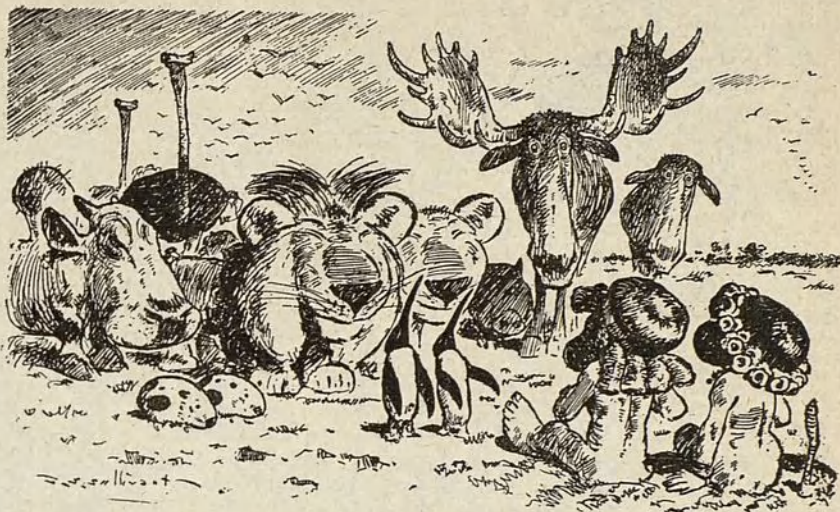
PLUMA PARA ESCRIBIR

HOMBRE CON LA
CABEZA BLANCA

20. — Insignia.

CRIS ————— TI
|
5
|
A ————— NA

CUPÓN
correspondiente al número 86
de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.



ADÁN. — La verdad es que resulta muy difícil recordar el nombre de todos estos animales.

EVA. — Sí. Debíamos tener un diccionario o una guía de teléfonos.

(De SULLIVAN, en *Life*, de Nueva York.)

21. — Vinillo aperitivo.

CERO ASPA
VOLUMEN — 10.000

24. — Palabra silogística.

501
Abreviatura para príncipes
1001
POLO

22. — ¡Buen coñac!

T BÚFALO
100 d
1

25. — Vino de pasto.

TINTO
NUNCA SIN +

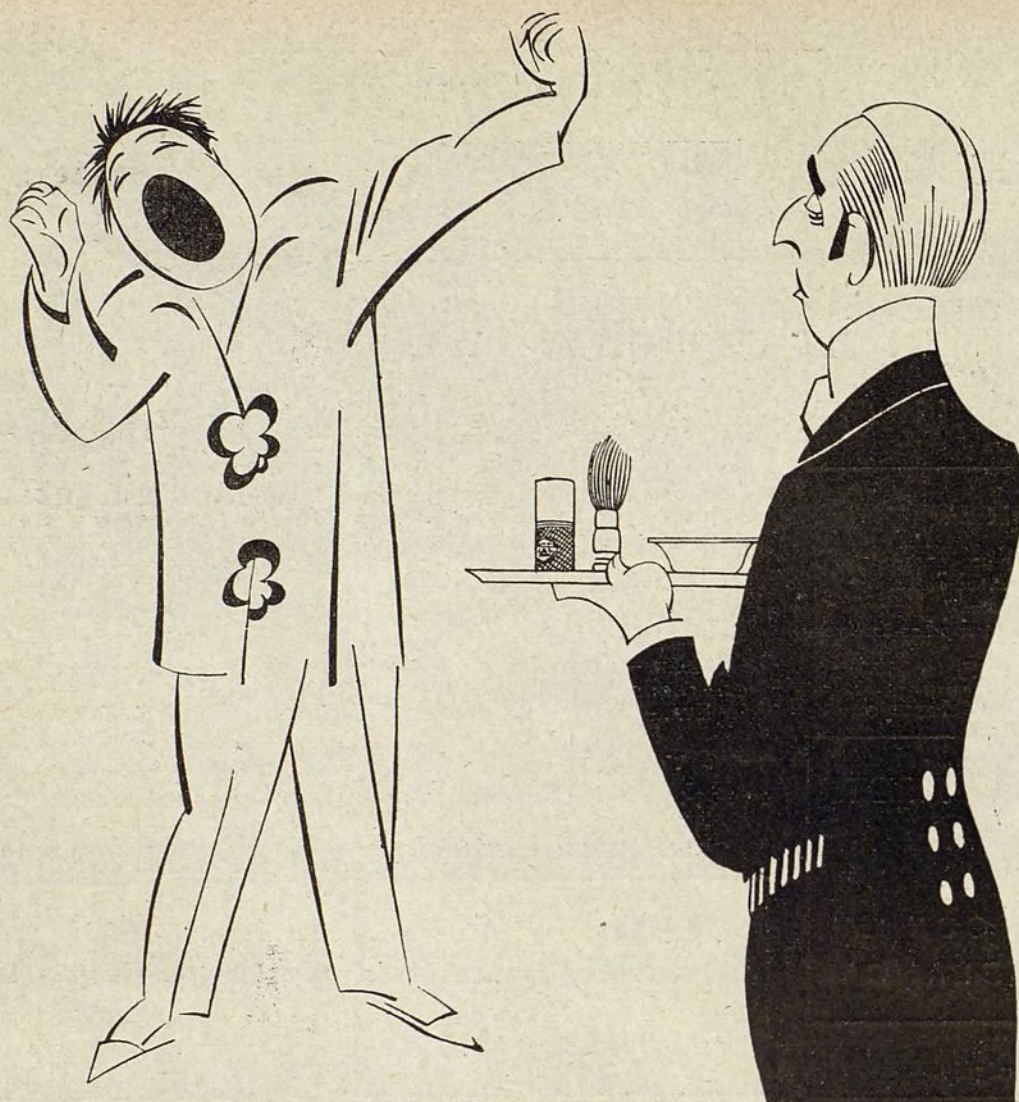
23. — Traguito.

MONJA LA MITAD
DE
TONTA

Para las condiciones de este
Concurso, véase nuestro
número 83.

CUPÓN NÚM. 4

que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCUR-
SO DE PASATIEMPOS del
mes de julio.



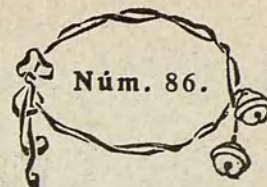
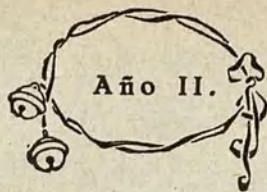
Contra pereza...

JABÓN GAL

que le permitirá afeitarse rápida y cómodamente, gracias a su abundante y ligera espuma, que no se seca en la cara. Deja la epidermis tan suave como fresca.

Tubo, 1,50 en toda España.

Perfumería Gal. - Madrid.



TEATRO MODERNO

"EL PRÍNCIPE ESTÁ PARA QUE LO ATEN" (1)



ESTO es una opereta-revista de las que se estilan ahora. El original es de unos populares autores senegaleses; fué traducido luego al beluchistaniano, después se adaptó al húngaro, más tarde al francés, y, por último, lo *volcaron* al relativamente castellano los señores Cerrojo y maestro Plazuela, que, si Dios no lo remedia, lo estrenarán la temporada venidera en el teatro de la Victoria.

¿Saben ustedes lo que ha pagado el señor Cerrojo por la obra? Doscientos marcos por cada cuadro.

Para encontrar gangas, es el único.

ACTO PRIMERO

Una escalera de verdad con numerosos boliches en la barandilla. Varios jarrones de flores en los escalones. En uno de éstos, el marqués de Petitpoi y el conde de Champignon. Supongo que no habrá algún bestia que se crea que están en un jarrón, sino en un escalón. Y basta de aclaración, que ya está arriba el telón.

MARQUÉS. — Pues sí, querido conde. El príncipe se ha hecho tan mujeriego, que pasar por una carnicería, ver las faldas y comprar kilo y medio, todo es uno.

BARÓN. — Difícil misión le confió su majestad al encargarle de la educación del príncipe.

MARQUÉS. — Ya ve usted; esta mañana se fué con una vendedora de «Para las punteras, para los tacones», y todavía no le he podido echar la vista encima.

BARÓN. — Ahí le tiene usted.

PRÍNCIPE (este papel es conveniente que lo haga una señorita de la compañía que

sea lo suficientemente lisa). — ¡Oh mis queridos amigos! Yo soy bien contento en encontraros por aquí (1).

MARQUÉS. — Príncipe, estoy muy disgustado con la vida que lleváis...

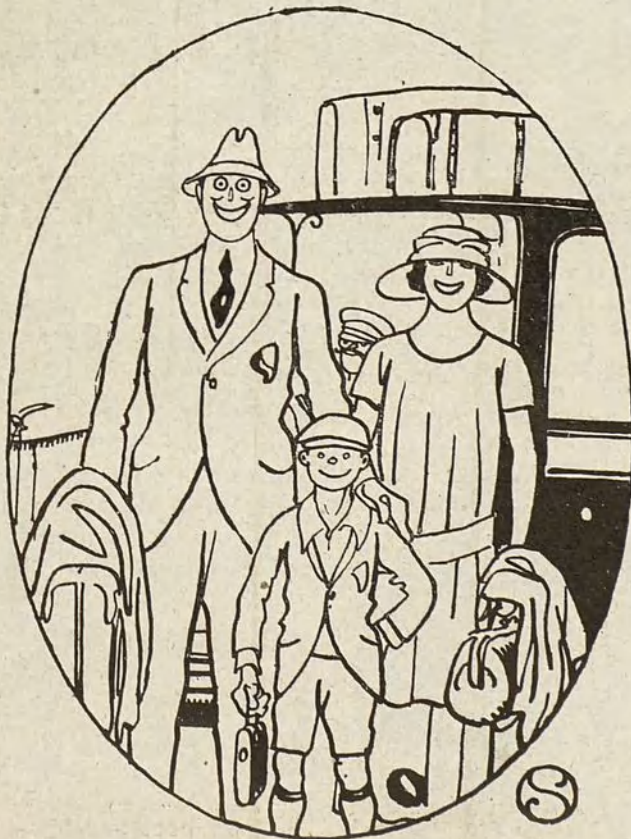
BARÓN. — Mirad que el corazón...

MARQUÉS. — Mirad que las mujeres...

PRÍNCIPE. — ¡Ja, ja, ja!... Me río yo de las mujeres y del corazón.

(De todos los boliches y de los jarrones salen risas que, si no pueden ser argentinas, deben de ser a lo menos paraguayas o venezolanas.)

(1) Discúlpese éste y otros galicismos que se encontrarán en el curso de la obra, en gracia a la premura con que la trajo el secretario particular del señor Cerrojo.



Dib. SILENO. — Madrid.

LOS TRES. — ¡Eh!... ¿Qué es esto?... (Queda la escena casi a oscuras. Se abren los boliches y los jarrones y salen de dentro Semíramis, Cleopatra, Popea, Ninón de Lenclos, Elena, la Chelito, la princesa de Eboli y otras bellezas de que nos habla la Historia.)

SEMÍRAMIS. — En venganza de tu desprecio te haremos caer en nuestras redes.

Música.

ELLAS. Las mujeres peligrosas son para el hombre que tiene co-razón.

PRÍNCIPE. Las mujeres son cosa baladí. Son juguetes tan sólo para mí.

ELLAS. Ya lo verás, ya lo verás, cómo en el amor tú pi-carás

(Mutación con oscuro. Un palacio oriental. Entran las cazadoras del amor.)

Música.

CAZADORAS. (Visten traje de tisú de oro plisado a mano, con festón de terciopelo color amour de petit femme. Llevan arco y flechas.)

Soy la cazadora [del amor,

sí, señor, y algunas veces causo dolor.

He venido de La [Habana,

porque soy ameri- [cana.

Cazadora soy, ca- [zadora soy,

y llevo el amor [por donde voy.

(Mutis y telón.)

ACTO SEGUNDO

Un vapor de la Compañía Transatlántica en alta mar. Las olas van y vienen como cualquier correveidile, y por

(1) Tengan ustedes la amabilidad de mirar los números 67 y 70 de BUEN HUMOR. ¿Los han mirado ya? ¡A otra cosa!

medio de un mecanismo colocado debajo del patio de butacas, éste se mueve suavemente, para que la ilusión sea completa. El Príncipe pasea con el marqués por la cubierta, y una pasajera no hace más que mirarle y suspirar.

MARQUÉS. — Parece que os habéis enamorado de esa mujer.

PRÍNCIPE. — Con el amor que se siente en un barco.

MARQUÉS. — ¿Cómo es ese amor?

PRÍNCIPE. — Pasajero... Y el mío es de tercera.

MARQUÉS. — ¿No os emociona el espectáculo del mar?

PRÍNCIPE. — ¡Bah!... ¡He visto tantas acuarelas de Maura!...

(El Príncipe pasea seguido por la pasajera, que, cuando ve que llega a la borda, le aborda.)

PASAJERA. — ¡Te amo!

PRÍNCIPE (mira al mar). — ¡Hola!

Música.

(Empiezan a salir del agua sirenas, no de las de automóvil, sino de las que son mitad mujeres y mitad pescados. Tararean la música.)

PRÍNCIPE. — ¡Oh qué dulce canto! ¡Qué hermosas mujeres! ¡Quién las tuviera de la mitad para arriba!

MARQUÉS. — De la mitad para abajo. Fritas y en rajas.

(Se produce una tempestad. El patio de butacas se mueve violentamente, y desde el escenario arrojan sobre los espectadores algas marinas, almejas a la marinera y boquerones fritos. Truenos, relámpagos..., etc., y mutación. Aparece el palacio de la Música, formado por toda clase de instrumentos, menos acordeones, que, salvo que ustedes opinen lo contrario, son chismes más antipáticos que La Cierva.)

PRÍNCIPE. — Mira qué mujer se acerca, Petitpoi.

(Entra la tamborilera. Los acomodadores reparten tambores entre el público.)

Música.

TAMBORILERA. Nada vi jamás tan encantador como reñoblar en un tambor. Dale que das, parramplán, plan, plan, dale sin temor, porromplón, plon, plon.

(Los espectadores tocan el tambor, y los acomodadores vigilarán por si alguno no toca, quitarle el tambor para dárselo a uno que toque. Entran cincuenta segundas tiples previamente amaestradas, y bailan el paso del rinoceronte. Telón.)

ACTO TERCERO

Gran fiesta carnavalina. En el centro de la escena una gran botella de champán rodeada de copas, en las cuales hay segundas tiples vestidas de espuma. Señoras y caballeros. Entra el Príncipe rodeado de carnavalesas, que son mujeres que llevan por traje un confetti artísticamente pegado con goma sobre la piel donde lo crean conveniente.

PRÍNCIPE. — ¡Dejadme! ¡No puedo más! Estoy loco. Quiero champán.

Música.

TODOS. Lo mismo que vienen los penas se van, busquemos la dicha bebiendo champán, champán, champán.

(La botella se descorcha, y sale por arriba la viuda de Clicot arrojando serpentinas, caramelos de fruta y postales sicalípticas sobre artistas y espectadores. Danza general y mutación. Decoración campestre, con alguna que otra huerta. Salen mujeres vestidas de tomates, lechugas, pepinos y escarolas, y dos hombres vestidos de apios;

bailan la danza de la ensalada, y hacen mutis. Entra la Campesina.)

Música.

CAMPESINA. Vive feliz la campesina en su casucha de madera al contemplar por la mañana salir el sol por Antequera. Campesina, campesina, no se guisa a la francesa en tu cocina; pero tú comes chacina, comes la temprana fresa, campesina.

(Se oyen a lo lejos las esquilas de unos borregos. Entra el Príncipe, que contempla absorto a la Campesina.)

PRÍNCIPE. ¡Qué divina mujer contemplando estoy yo!

CAMPESINA. ¡Qué gallardo doncel cual mi mente soñó!

PRÍNCIPE. Yo traeré pendientes para tus crejas, y para tus dientes traeré mondadientes de puros diamantes bien resplandecientes, y traeré pañuelos para tu nariz.

CAMPESINA. No los necesito, que yo con mis cerdos vivía feliz, y para sonarme tengo yo la mano, y soy de Alcañiz.

PRÍNCIPE. ¡Te daré mi amor!

CAMPESINA. ¡Oh, qué caballero más fascinador!

Hablado.

PRÍNCIPE. — ¡Al fin hallé lo que me vaticinaron! ¡El verdadero amor! Me amas, ¿verdad?

CAMPESINA. — Desde que te vi, mi corazón permanecerá indiferente ante la vista de mis marranos, con los cuales jugaba yo en el estiércol.

PRÍNCIPE. — ¡Qué ingenuidad más encantadora!

(Entra la corte en pleno: magnates, militares, ministros, obispos y la familia del Príncipe.)

MAGNATE 1.º — Miradle con una sucia campesina.

TODOS. — ¡Está loco! ¡Para que lo aten!

PRÍNCIPE. — ¡Bendita sea mi locura, si el perder la razón ha sido para encontrar el amor!

Música.

TODOS. Las mujeres peligrosas son para el hombre que tiene corazón.

TELÓN

Por la transcripción,
FERNANDO PERDIGUERO



Dib. ROLDÁN
Madrid.

— Papá, ¡pareces un elefante!

— ¡Insolente!... ¡A que te doy dos trompazos!

— ¡Atíza!... ¿Ves cómo pareces un elefante?...



A. DUMAS.—«VEINTE AÑOS DESPUÉS»

Dib. Elías Díaz. — Madrid.

EL DESCUBRIMIENTO DEL SIGLO LAS MEMORIAS DE ADÁN

(CONCLUSIÓN) (1)

En el muro de la caverna donde yace grabado con caracteres jeroglíficos todo lo referente a Adán, nuestro primer papá, concluye de pronto el escrito. Hay a continuación unos toscos dibujos que no se han podido descifrar. Estos dibujos representan, de un modo imperfecto, unas parejas de cisnes y de ánaes; en el extremo derecha del muro se ve un pato; debajo, un letrero dice así: «Por haberseme acabado la pared, no he podido hacer el ganso ni meter la pata.»

Luego se reanuda la escritura jeroglífica; he aquí su traducción al matritense; oigamos la voz de Adán con un recogimiento conventual:

He perdido la noción de las tinieblas que han transcurrido desde la última vez que anoté en este muro mis impre-

(1) Échese una leve ojeada al número 79 de BUEN HUMOR.

siones. De buena gana me habría callado definitivamente; y si no lo hago así, es porque ya no me divierte otra cosa que escribir en este tabique y jugar al tute subastado.

Puedo asegurar con una firmeza de monolito que la vida es una sandez improrrogable. Meditando con detenimiento se llega a conclusiones terribles. Voy a meditar sobre el Mundo, la Existencia y el Hombre.

(Hay una interrupción, y después sigue la escritura. Adán stampa sus meditaciones.)

El Mundo... ¡Ah! La Existencia... ¡Oh! El Hombre... ¡Uf!

(Adviértase la profundidad de los conceptos, la belleza en la forma, el realismo del fondo. Ahora, tras de tantos siglos de civilización, no podemos igualarle en energía, en penetración y en imparcialidad de juicio. Y es que Adán era un hacha sin mango.)

Verdaderamente, lo que a mí me ha sucedido es como para volverse más demente que una cabra.

Tengo el pelo blanco de tanto discurrir para explicarme cómo pude hacer la primada del Paraíso. Y nada, no me lo explico.

Dejé mi anterior confesión en el momento en que deglutimos la manzana; yo lo hice bien a mi pesar, porque las manzanas me producen hiperclorhidria galopante, y, sin embargo, ¡cuántos disgustos me habría ahorrado no comiéndola!

¿Voy a echarle la culpa de la coladura a Eva? ¡No! Eva es una pobre mujer que se acuesta a las ocho menos cuarto todas las noches. La culpa la tuvo la serpiente, que fué quien nos metió en el cisco. ¡Señor!, ¿cómo pude comerme la manzana, estando prohibida? Pero no le demos más vueltas a la manzana.

Narraré los acontecimientos.

Al poco rato de atizarme el dichoso fruto estaba tomando un vermut con un pelicano amigo, cuando me di cuenta de que, tanto Eva como yo, llevábamos una *déshabillé* que era un oprobio. Le hice ver a mi compañera lo escandaloso de nuestra situación y ella me contestó, ligeramente chulona:

— Hombre, no seas pelmazo; porque ahora la moda es no llevar ropa...

— Observa, Evita — le dije —, que parece que vamos a representar *Cri-Cri*... Ella me volvió la espalda despectivamente y exclamó:

— ¡Vaya, hijo, que te rebocen un elefante!

La respuesta me anonadó. Y entonces me di cuenta de que un león le decía a un leopardo, relamiéndose de gusto y mirando a Eva con descaro:

— ¿Te has fijado, Leo? ¡Es más rica que un *pudding*!

Me indigné; aquello no podía seguir así; si Eva no se confeccionaba una túnica, yo presentaba mi demanda de divorcio. Al cabo, mi asustada compañera me obedeció.

Acababa de ponerme el *smoking* de

hojas higueriles e iba a ceñirme unos botines de plátano icterico, cuando por encima de nuestros recipientes craneanos sonó una voz que nos dejó más fríos que un *consommé* del Palace Hotel. Eva y yo nos miramos: ambos sufríamos un idiotismo. ¿Qué era aquéllo? ¿Qué significaba? En el mismo instante, la serpiente — ¡miserable animal! — pasó a nuestro lado: era la misma que excitó a Eva a probar el fruto prohibido, una gran serpiente pitón, que iba con cierta amiga de su misma especie a escuchar el *jazz-band* de la Sociedad de Grillos Inválidos. Mi primer impulso fué lanzarme sobre las serpientes y matarlas; pero, lo confieso, no tenía ni un mal estoque, y me asusté de los dos pitones. La voz seguía sonando y diciendo: «¡Adán, Adán! ¿Dónde estás?» Me agazapé detrás de un sicomoro con la intención de hacerme el hijo de Suecia; pero no me valió el truco. El Señor me descubrió y me acusó de haber comido el fruto vedado. Como es natural, le eché el difunto a Eva, asegurando que ella era quien me había hecho merendar la manzana; y Eva, imitándome, dijo al ser

culpada que la serpiente tenía la responsabilidad del lío.

El mitin estaba dado. Todos los habitantes del vergel nos rodearon, y el concierto de los Grillos Inválidos se suspendió. Nuestros compañeros de hospedaje hacían toda clase de comentarios, y una vez enterados del hecho, comenzaron a murmurar de Eva y a decir que mi parienta era más ligera que un almohadón de miraguano.

El Señor maldijo a la serpiente y la obligó a deglutir miasmas y toxinas, y lanzó sobre Eva algunos castigos. Yo quedé condenado a conseguir unos malos panecillos franceses faltos de peso por medio de la exudación cutánea. Y acto seguido, y en unión de Eva, fui arrojado del Paraíso.

A consecuencia de todo esto tuve una bronca con mi mujer que hay para reírse de la catástrofe del *Titanic*. «¡Tú eres quien ha tenido la culpa, por lo de la manzana!», le grité con acento espantoso. Y ella, que en punto a frescura se baña en el mar Rojo y forma icebergs, me contestó: «Yo habré tenido la culpa de lo de la manzana; pero tú, hijo, eres un hueso» (1). Claro está que después de aquello me volqué interjeccionando; pero nada conseguí...

Hoy, que ya me encuentro viejo y unas miasmas senil, comprendo que nada puede el hombre contra lo consumado, y cuando vislumbro algo que no tiene remedio, me digo interiormente: «A lo hecho, tórax.»

Hace muchísimo tiempo que Caín le sacudió el gachapazo a Abel, tengo un Federico Delrieu de nietos, y tanto Eva como yo sólo esperamos el momento de diñarla. Si aun vivimos, es gracias a los tratamientos Zendejas y a que somos más vegetarianos que D. Arturo Cuyás. He querido, sin embargo, dejar huellas de mi paso a los hombres que vengan detrás, para que disculpen mi proceder y me perdonen el mal que les he hecho al andarme por las ramas del manzano.

No volveré a escribir en la pared, porque presumo — y no es coquetería — que la película de mi vida está acabando de proyectarse. Un saludo para el primer ser que deletree estas líneas, eminentemente lacustres, de

ADÁN PRIMITIVO.

Alrededores del Edén, en un día de sol.



Aquí concluye el documento que me envió un londinense amigo, el gran descubridor.

El lector no puede darse cuenta de lo que he trabajado hasta traducirlo, pues he de advertir que yo he aprendido el inglés a fuerza de leer en los forros de los sombreros de paja.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(1) Primera vez que se usa en el mundo esta elegante expresión.



Dib. BERGSTROM. — Estocolmo.

«SE PROHIBE EL PASO A LOS CABALLEROS»



Dib. BON. — Madrid.

— Una moto acaba de atropellar al ciego-
cito de San Antón.

— ¿A quién se le ocurre?... ¡¡Ciego, y salir de
noche!!...

BAUTIZOS CASTIZOS

Nuestros bautizos nacionales parecen siempre el bautizo del rey de Roma. Se despierta toda la fe y la ambición de los mayores ante cada nuevo badulaque que nace. La mentira y la obsesión engañosa de la vida se imponen. El cerebro radioactivo del nuevo recién nacido parece que va a ser el cerebro del genio, de la lumbrera de la época, del hombre que necesita el porvenir.

El padrino quisiera arruinarse en el acto del bautizo, y que hicieran arcos de flores en el trayecto del bautizo. La madrina saca del rincón secreto e inencontrable, donde la mujer guarda sus ahorros, unas cuantas onzas para quedar bien, para que el bautizado se acuerde de ella cuando sea mayor y la proteja si entonces está desvalida.

Las madres castizas tienen la ropa de cristianar más espumosa, crecida, caudalosa de las que se usan por el mundo. Visten al niño como se viste el Pontífice el día en que toma posesión de la silla pontifical. Se pierde el niño en las olas de encaje, es envuelto como esos puros de circo que parecen primero un regalo suntuoso y voluminoso, hasta que, después de desenvolver papeles y papeles, sale el purito diminuto y retrechero.



Hay un momento en los bautizos solemnes en que no se puede ver al niño, porque está envuelto ya para salir a la calle, y la última sobrepelliz y la capa última y pluvial le han sido impuestas ya.

Sólo el corte de un terreno rico en antigüedad podría presentar tantas capas distintas como el niño que va a ser cristianado.

Cualquier extranjero que viese como abulta uno de estos niños envueltos en rico *trousseau* bautismal, se creería que se trataba del bautizo de un gigante o de un picador nato. Sólo si el extranjero oye llorar en el fondo del lío de ropas al niño diminuto, se dará cuenta del engaño presuncioso, presuntuoso y alardeante del bautizo típico. ¡Qué enterrado el leve maullido del gatito incipiente!

La pequeña doncella o niñera que



a veces conduce al niño entrapado y como muy batido en la cocina bautismal como se bate el *chantilly* para que aumente, desaparece debajo de la pirámide de cosas, y es como lavandera que lleva a cuestras el enorme saco de la ropa blanca.

A veces es la madrina delgada y consumida de solteronía aguda la que conduce al ahijado, y se teme por ella como si fuese cargada con un fruto que no pueda sostener. Es como uno de esos arbolillos a los que hay necesidad de poner un puntal.

Ante esos bautizos de gran mundo,

resultan roñosos esos otros bautizos que realiza la abuela pobre llegándose un momento a la iglesia a que la cristianen al retoño. Parece que el niño es mucho más pequeño que los otros.



— muchas veces es mayor — y que está liado como esos cigarrillos que ciertos fumadores tienen el defecto de liar muy finos.

Ese niño, sin las espumas y los rebatimientos de los niños de promontorial traje de cristianar, es como un esparraguillo triguero, algo así como un polichinela de verbena, un niño barato y de confección más al por mayor.

Es gracioso también ver en las iglesias cómo se desembalan los niños frágiles, cuya cabeza, la cabeza que se necesita imprescindiblemente para que el cura pueda bautizar al rorro, no se encuentra por ninguna parte. Como a esos objetos del Japón perdidos entre la viruta del embalaje que siempre les falta la tapadera, nadie encuentra la cabeza del niño.

Después, en los cafés en que se festejan los bautizos castizos y rumbosos, ante el poderoso y abultadísimo recién bautizado, el camarero pregunta:

— ¿Chocolate con mojicón para el niño?

Y si el padrino le contesta una barbaridad, el camarero suele contestar:

— Usted dispense; pero podía ser un catecúmeno.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Ilustraciones del escritor.

LOS RESPONSABLES

— ¡Dámasol!... ¡¡Dámasool!!... ¡¡¡Dámasooo!!!

— ¿Te quies callar y dejarme?

— Sal, que el asunto es urgente.

— Ahora no puedo.

— ¿Qué te haces?

— El sordo.

— Ya lo he notao; pero el truco no te vale. Sal, o te saco yo a rastras.

— ¿A mí?... ¡No hay quién!...

— Los desplantes

no te sirven; conque ¡alivia!

— ¿Qué ocurre?

— Una cosa grave.

— ¡Caray, Patricia, no asustes!

¿Es que volvieron a darte los mareos?

— Cambia el disco,

que no va por ahí el cante.

— ¿Te has cansao ya del *Mochuelo*?

— Tal vez que con él tú cargues.

— ¿Yo?... ¿Qué dices?... —

— Calla, y mira quien ha venido a buscarte.

— ¡Caramba! ¿Usted aquí, don Bruno?

¡Tanto gusto!... Pase, pase y siéntese.

— Muchas gracias; pero no puedo sentarme.

— ¿Le ha salido a usted algún grano?

— ¡Y no pequeño!... Repare.

— Ya veo a Valerianita, que es un encanto, un arcángel.

— No me la dé usted más bombos,

porque ya tiene bastantes,

y además no los merece,

por... *tanguista* y por fiarse

de Pepe y Colás, los hijos

de usted, que son dos *frascales*

de esos que, cuando saludan,

acatañan: cualidades

que, al fin y al cabo, demuestran

que usted, y sólo usted, es su padre.

— ¿Qué quiere usted decir con eso?

— ¡Atchís! Ya me ha dado un aire

Quio decir que con mi chica

no se hace el *Tenorio* en balde,

y que después de la escena

del sofá, hay que retratarse

con el azahar y llevarlas

al café a las amistades,

o si no, este bastoncito

de cartas podría darles

un tute, en el cual harían

las diez de últimas.

— Aclare,

porque no entiendo *ni jota*.

— ¡Eso, a un maestro de baile!...

— ¿Qué es lo que han hecho los nenes?

— Pues convidar a mi Vale en la Bombi a bocadillos, y llevarla por las tardes al cine pa ver *La mano que estruja*, *Besos fatales* y otras películas de esas de mire usted *qué metraje*.

— Si no es más que eso, don Bruno, no hay motivos pa enfadarse. Son cosas que hacen los chicos.

— Ya lo sabemos, compadre.

Por eso precisamente he venido a visitarle, y quiero que usted me diga cómo piensa *indenizarme*, porque si no, estoy dispuesto ahora mismo a procesarle.

— ¿A mí?... ¡Si que tiene gracia!...

¿Soy yo acaso el responsable?

— De la educación del hijo

deben responder los padres;

y si usted dejó a los suyos

que en el barro se criasen,

y lo que es deber, vergüenza

y honor no supo enseñarles,

de lo malo que ellos hagan

usted sólo es el causante,

por no haberlos dirigido

como era lo razonable.

— Y usted, ¿qué ha hecho con su hija?

— De ésta se encargó su madre.

¡Así me ha salido!...

— Entonces

estamos los dos iguales.

Este mal es en España

general, y ya se sabe

que, al ser general, hoy día

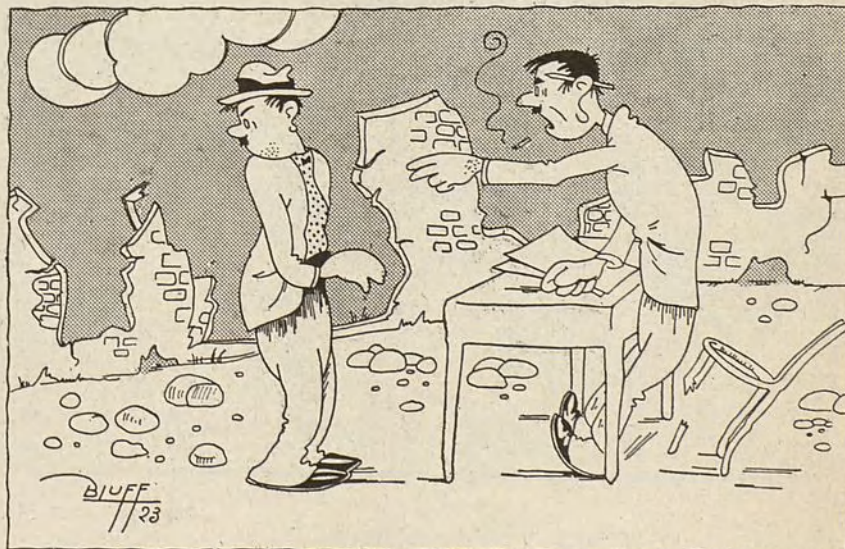
ya no hay responsabilidades.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— ¿Cuántos años tienes, nene?
— Según. Cuando viajo en ferrocarril tengo cinco, y cuando estoy en casa, diez.



Dib. BLUFF. — Madrid.

— Señor mío... ¡No tengo nada que discutir con usted! ¡Ésa es la pueria!

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

El billete falso y el billete bueno

Hay que reconocer que Madrid no tiene muy desarrollado el sentido de la originalidad.

Basta que a un hombre se le ocurra poner un bar, por ejemplo, para que a los dos meses haya seis bares semejantes. Esto puede explicarse y es tan lógico como la fábula del que trajo las gallinas. Pero la cosa no queda ahí: al año hay treinta y siete bares, y así, en progresión geométrica, los bares nos inundan y casi *atajan la calle*, como dicen las chicas al jugar al corro.

Entonces la competencia es terrible y los géneros empiezan a abaratare. En estas circunstancias, el dueño de un

bar se da una palmada en la frente y se dice:

— ¡Hombre! ¿Y si yo regalase vales para la rifa de una delantera de sol?

Idea tan feliz se pone en práctica. Al poco tiempo todos los bares de Madrid rifan entradas de los toros; algunos reforman la idea y rifan bicicletas y monedas de oro. En igualdad de condiciones se reproduce la competencia, hasta que la musa de los dueños de bar sopla al oído de uno de sus elegidos:

— ¿Y si pusieras una pianola?

A los pocos meses, la venta de pianolas aumenta en Madrid de un modo prodigioso, y las casas productoras nom-

bran sus representantes y abren magníficas instalaciones.

El que no tiene pianola puede decirse que está en condiciones desventajosísimas. Algunos bares se cierran o se traspasan. Reina una gran desorientación.

Un inspirado tiene la idea de regalar billetes de cien marcos. No se tiene noción de lo que esta innovación ha significado en el progreso de la industria bar-
rera.

Los marcos y las coronas austriacas, procedentes de inagotables saldos, se reparten a manos llenas desde los mostradores de bar. Algunos clientes asiduos deben a eso su veraneo en Baden-Baden, la caída corte del buen tono.

Con un vermut de discutible procedencia hay quien da cincuenta marcos de regalo, amén de un par de aceitunas, todo por quince céntimos. No hay idea de lo que un billete de cincuenta marcos le puede complicar a uno la vida. Por lo menos, el hombre que lo posee se apasionará por la cuestión del Ruhr y leerá las cotizaciones de todos los días.

Ante el abuso que se ha venido haciendo del billete extranjero, se ha producido una reacción por encontrar algo nuevo que le sustituya. Algo parecido a lo que la postguerra ha ocasionado a la literatura francesa.

Podemos indicar que alguien ha encontrado el camino, y que este camino ha sido seguido por otros muchos. A pesar de todo, no confiamos en la larga vida de este nuevo reclamo.

Consiste en pegar dos billetes de cinco duros en un cartón y ponerlos marco y cristal. Debajo de uno se leerá *Billete falso*, y debajo del otro, *Billete bueno*.

Efectivamente, el público acude y se estaciona delante del cuadrado, para examinar los dos billetes y descubrir sus rasgos diferenciales.

Pero eso no quiere decir nada. La gente se para, observa, compara, diferencia, discute y sigue su camino. La gente no encuentra conexión entre ver billetes falsos y tomar café, y, por tanto, no se le ocurre que el billete está con objeto de atraerle.

Debe tener cuidado el dueño de ese bar. Sobre todas sus desgracias, puede encontrarse algún día con que los dos billetes han desaparecido con marco y cristal. Alguien habrá sentido curiosidad por comparar los dos billetes y se los habrá llevado a casa.

El que pone billetes de comparación a la puerta de su bar, siembra la ruina.

Y de esta ruina no se salvará ni el billete bueno. ¿No ha oído el dueño del bar que una manzana podrida en un cesto puede atacar a todas las demás? ¿No ha oído decir nada de las funestas consecuencias de las malas compañías? Pues es probable que cuando quiera acordar, se encuentre que el billete bueno se le ha vuelto falso, y que nada le hará volver al buen camino.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



Dib. SERNY. — Madrid.

— ¿De qué color quiere usted las medias?
— Algo así... tostadas.
— ¿Medias tostadas?... Señorita, usted viene equivocada: medias tostadas, en el café de al lado.

TITIRIMUNDILLO

«Entre los detenidos figura un individuo conocido por el Flato, del que se dice es peligroso.»
¡Y tantol... Peligroso el estar cerca de él.

«Es una bailarina en cuyos ojos se refleja la tempestad.»
Si es La tempestad, esa artista no es bailarina: es tiple de zarzuela grande.

«Algunos diputados, con tal motivo, hicieron acto de afirmación reformista.»
Pues eso es lo malo. Ser reformista y afirmarse en ello.

Ahora resulta que el célebre moro Pajarito es cuñado de Abd-el-Krim.
Cosa completamente lógica, porque Abd-el-Krim es también un pájaro.
¡Pero pájaro de cuenta!

«Julián Núñez es un perturbado cuya obsesión es pedirle dinero a todo el mundo.»
Pues mire usted, entonces no está tan perturbado como parece.

A propósito de un robo, dice un periódico que los ladrones entraron dentro de la casa robada.
Era de suponer; porque desde fuera no podrían robar.
Hasta que no se perfeccione lo de robar por teléfono.

A un caballero le robaron ropas y efectos.
— Menos mal que le han dejado uno.
— ¿Cuál?
— El mal efecto que eso le produjo.

«Se reanuda la discusión por el capítulo V (Beneficencia).»
No, señor; si es Beneficencia, será el capítulo B, o no hay ortografía.

— Camarero, este bisteque es pequeñoísimo.
— Es que la Junta de Abastos ha decretado la rebaja de la carne.
— Pero es en el precio.
— Pues el dueño del café lo ha interpretado en el tamaño.



EN LOS TIEMPOS DE FELIPE II

Dib. CASTEIG. — Alicante.

— Habéis de reconocer que para unas piernas tan flacas como las mías es horrible esta moda.
— Es verdad; debiera inventarse el pantalón Charlot para vos.

Información telegráfica de "Buen Humor"

NOTICIAS DE PROVINCIAS Y DEL EXTRANJERO

Riña sangrienta. — Cádiz, 22. — En un café cantante establecido en las afueras, y famoso por la conducta dudosa de dueños y parroquianos... y parroquianas (lo cual nos obliga a decir que no es café solo, sino mitad y mitad...), y ya ustedes se harán cargo de lo que queremos decir, porque no queremos decir más), hubo anoche un enorme escándalo, que degeneró en riña, promovido por los popularísimos tocadores de guitarra José Luis Romea, alias *el Patitas*, y Servando Mota, alias *el Gordo*.

Por las declaraciones de los testigos presenciales se sabe que la riña tuvo por causa la rivalidad entre ambos tocadores; pues *el Patitas*, que es el preferido del bello sexo, o para decirlo

mejor, un tocador de señoras, se permitió decir que mientras él estuviera en Cádiz no volvería a tocar *el Gordo*.

Esto motivó una aproximación: la de la mano de Mota a la mejilla de José Luis Romea, seguida de un ataque de tos de este último, en el que arrojó por la boca unos poquitos dientes.

La oportuna llegada de los guardias impidió que echara las muelas.

Y hemos dado esta noticia para que sepan los que constantemente lo preguntan, qué pasa en Cádiz.

Fuga de una señorita. — Calatayud, 22. — Una distinguida paisana de la Dolores desapareció ayer del domi-

cilio paterno en compañía de un notable pianista que había venido a dar unos conciertos a la localidad (aunque los conciertos no se suelen dar en las localidades, sino en el escenario).

Los tórtolos parece ser que han salido para Zaragoza, donde el pianista aludido tenía que tocar durante siete noches.

Suponemos que lo habrá hecho a conciencia y con gran éxito.

El padre de la perjudicada piensa entablar procedimiento por daños y perjuicios, tasando los desperfectos (si los hubiere) en cuatrocientas pesetas con setenta y cinco céntimos; pero un hermano del padre, don Francisco Poza, interviene en el asunto como amigable componedor, y esto nos hace suponer fundadamente que va a venir el tío Paco con la rebaja...

Una crecida. — *Toledo, 22.* — El Tajo ha crecido estos últimos días una barbaridad.

Con este motivo, se cree que no va a haber más remedio que ponerle de largo.

Sensible accidente. — *Valencia, 22.* En la calle de San Vicente ha ocurrido esta mañana una lamentable desgracia. Varios operarios se encontraban en los balcones de un tercer piso colocando la muestra de un dentista, trabajo que presenciaban desde la calle varios cientos de curiosos, cuando de repente se desprendió la letra D y fué a caer sobre la nariz de un comerciante que estaba entre los grupos, produciéndole tan atroces heridas que falleció horas después.

Luego se ha sabido que el pobre comerciante andaba estos últimos días muy preocupado porque esperaba recibir una letra; pero aseguramos con toda formalidad que si él hubiese sabido la clase de letra que iba a recibir, se habría preocupado muchísimo más.

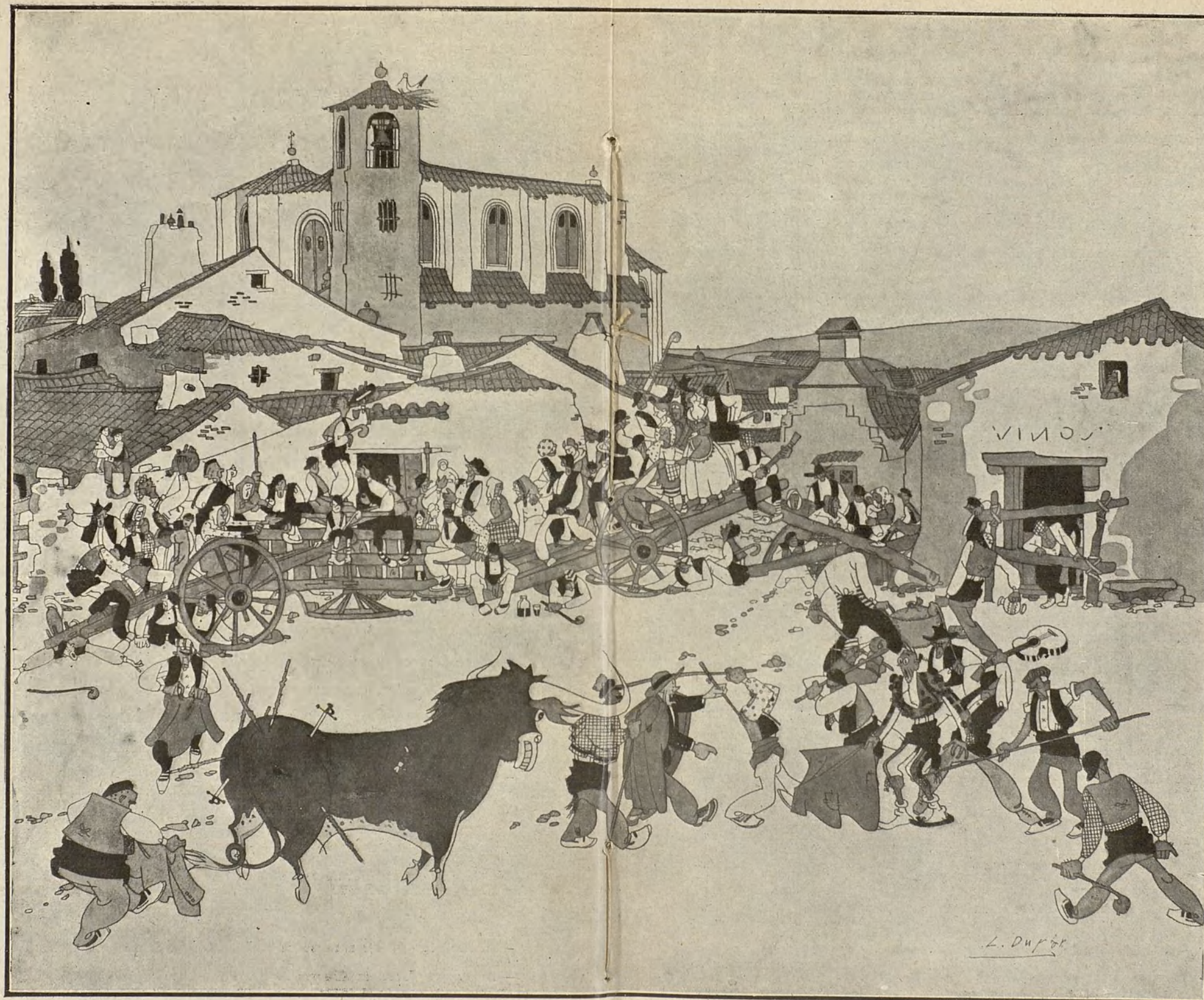
Un dato curioso: el comerciante se llamaba Donato, es decir, que su nombre empezaba con D, y miren ustedes por dónde ha acabado con D también.

Ya lo dice el refrán: a quien Dios se la dé, San Pedro tenga la amabilida de bendecírsela...

Weyler en París. — *París, 22.* Se encuentra en esta capital el general Weyler, que ha venido con objeto de ver los últimos modelos de ropa de caballero para verano y otoño.

Hasta la fecha no ha comprado nada. Y después de la fecha, estén ustedes seguros de que tampoco.

Por la inserción de los telegramas,
ERNESTO POLO



LAS TRAGEDIAS DEL TOREO. — El último de la tarde, por Luis Durán.

EL CINTURÓN

Al cruzarme con él en la calle le miré un instante, diciéndome a mí mismo:

— ¿De dónde le conozco?

Y recordándole inmediatamente, fui hasta él.

— ¿Qué tal? ¿Cómo está?

Me miró extrañado.

— Caballero, perdón... No sé a quién tengo el honor de escuchar...

— Sí, hombre, sí — le dije campechanamente, dándole una cariñosa palmadita en el hombro —. ¡Usted fué el que robó una cartera a un amigo mío!

— ¡Ah!

Quiso huir, pero le detuve.

— ¡Espere, hombre, espere!... ¿Piensa que voy a denunciarle? ¡De ninguna manera! Al contrario.

Sus ojos me examinaron de arriba a abajo con desconfianza.

— De todas formas — repuso —, permítame... Iba ahí, al extremo de la calle, a comprar un cinturón...

— Deje, luego irá. Quiero saldar, en nombre de ese amigo al que aludo, una deuda de gratitud con usted. El 4 de septiembre viajábamos los tres en la plataforma del tranvía que hace el recorrido Rosales-Goya. Al llegar a este último punto, dijo mi amigo: «Me falta la cartera.» En ella llevaba cincuenta pesetas y la cédula, amén de ciertos documentos de uso personalísimo y de nula utilidad para usted. «¿Quién habrá sido?», preguntó. «Yo lo sé — le dije, después de un instante de vacilación —. Ha sido ese sujeto que se bajó en la calle de Alcalá y que desde Sol venía con nosotros.» «¿Le recordará si le vuelve a ver?» «No lo dudes — contesté —. Tiene una inconfundible verruga en la nariz.» Y, en efecto, este detalle de su fisonomía y mi memoria extraordinaria ha motivado el que le haya reconocido. Mi amigo insertó un anuncio en los periódicos expresando al carterista — perdóneme si acaso le molesta mi epíteto — su deseo vivísimo de poseer los documentos arrebatados. Y usted, con una hidalguía, una buena educación y una delicadeza sin límites, se aprestó a devolvérsela, escudado en el anónimo de un certificado. En su nombre, y por ello, le doy a usted las más rendidas gracias.

— ¡Válgame Dios, caballero! ¡No hay de qué darlas!... — respondió muy finamente.

— Y qué, ¿recuerda usted ya a qué me refiero?

— Sí, sí, perfectamente. Al principio dudaba un poco. ¡Tiene uno tantos parroquianos!... Pero ahora, sí; ya sé.

— Claro — contesté yo, por contestar algo.

— Puede creerme — añadió él — que desde el primer momento me inspiró su amigo una verdadera simpatía. ¡Tan llano, tan bueno parecía!... No puso la menor resistencia cuando introduje mi mano subrepticamente en su americana. Hay algunos groseros que se dan

cuenta y nos ponen en un verdadero aprieto. Pues bien: su amigo de usted, nada. Y usted mismo, tan discreto, tan oportuno, sin fijarse... ¡Con hombres así da gusto robar!...

— Muchas gracias, muchas gracias — repetí confundido —. En fin, no quiero detenerle más. Acaso tenga que hacer. ¿Iba usted a comprar un cinturón?...

— Sí — replicó —. Pero antes quiero saldar, a mi vez, con su amigo una deuda de cortesía. ¿Trae usted estilográfica?

— No — contesté buscando en mis bolsillos.

— Espéreme un momento.

Marchó lanzando miradas investigadoras a los paseantes, y volvió a poco con una magnífica, revestida de oro, con dos iniciales en su centro.

— Esos desgraciados señores de negocios, cuando se ponen a leer las cotizaciones de los Bancos están propicios a todo — refunfuñó desdeñando la candidez que le había valido tan rico presente.

Y sobre una tarjeta en blanco escribió: «Sumamente agradecido, y a su disposición, — *Jesús González*.»

Senti impulsos vehementísimos de arrancarle de aquella profesión tan vergonzosa como lucrativa, y blandamente, le induje a ello:

— Es una lástima que usted no se dedique a otra cosa... ¡Con lo bien que le iría!...

— Sí; es verdad — asintió —. Muchos me lo han dicho ya. Usted, González, tiene gran disposición para la política; sería un buen ministro de Hacienda... Y yo sin decidirme. Y es que cuando se ha hecho uno artista en una rama determinada, cuesta mucho, créamelo, prescindir de ella...

— En fin..., ¡qué vamos a hacerle! — repuse, abandonando mis propósitos moralizadores —. ¡Hombre, por ciertol ¿Sabe dónde venden buenos cinturones? En «La Camisería de la Moda». Ahí, en la bocacalle siguiente. ¡Ah!... Y no los compre de ante, ¿eh?... Que dan muy mal resultado.

— Muchas gracias — replicó marchándose —. Ya no lo compro.

— ¿No lo quiere ya? Bueno. Adiós, amigo, hasta la vista.

Me fui satisfecho en dirección contraria.

A los veinte pasos vi que dos pilletes me señalaban cínicamente y se sonreían; que una señora murmuraba mirándome: «¡Groserol!»; que todos volvían la cabeza risueños y regocijados.

Y entonces, de una sola ojeada, me examiné.

Y en el portal en que me introduje a todo el correr de mis piernas, ante mis pantalones que se plegaban ya lacia mente sobre mis botas, justifiqué el calificativo de la dama y comprendí por qué el señor González no quería comprarse el cinturón: me había robado los tirantes.

JOAQUÍN CALVO SOTELO

LAS COSAS DE LOS TEATROS

APUESTAS

El camarada Robledano dió a usted en números anteriores interesantísimas noticias gráficas de asuntos teatrales.

Yo, que soy un buen reportero, aunque mal me esté el decirlo, he averiguado otras notas, que, con el permiso de ustedes y de mi camarada, voy a transcribir.

Desde luego respondemos de la autenticidad de nuestras informaciones, y aun nos permitimos el lujo de retar a los interesados para que desmientan todo aquello que no se ajuste a la verdad.

Y vamos con las noticias: sección de apuestas.

Hay varias empeñadas entre autores, cómicos y empresarios; de ellas copiaremos aquellas que tengan un carácter verdaderamente sensacional; por ejemplo:

Luis Reig y Manuel F. de la Somera han apostado una regular cantidad, sosteniendo que cada uno de ellos es mucho más elegante y viste mejor que el otro.

Parece que al certamen se presenta también Paco Hernández, aunque fuera de concurso.

José Juan Cadenas y Arturo Serrano tienen su apuesta correspondiente acerca de cuál posee más merecimientos para hacerse llamar *empresario a la americana*. Concorre también, aunque fuera de concurso, Tirso Escudero.

Pedro Barreto y Luis Ballester, directores respectivos de las compañías de Fuencarral y del Buen Retiro, apuestan a ver cuál acaba antes y con mayores pérdidas.

El autor Paco Viú y el actor Emilio Díaz han apostado también sobre cuál de los dos resiste e ingurgita más manzanilla en los centros vinícolas a los que concurren diariamente.

Finalmente, las gentilísimas y bellas actrices Antonia Herrero y María Gámez han cruzado también una importante apuesta a ver cuál de las dos se decide antes a ingresar en un convento de clausura...

LA IMITACIÓN

Otra noticia. De ésta no podemos asegurar tan en firme como de las anteriores, por tratarse de una referencia.

Me dicen que Paco Hernández anda preocupadísimo guardando y sacando una pistola del bolsillo para ver si consigue que se dispare como la de Paco Morano.

Añaden que en el *truco* ve Paco Hernández una originalísima propaganda, y que suele exclamar:

— ¡Qué diantres!... ¡También soy yo primer actor!

LO QUE ENSAYAN LOS CÓMICOS

Me consta que los artistas que a continuación cito están ensayando a toda prisa las obras siguientes:

María Herrero, *Un mal negocio*.

Valeriano León, *¡A casarse tocan!*

Emilio Thuillier, *¡El hombre que perdió el tiempo!*

Paco Morano, *La bala perdida*.

Guerrero-Mendoza, *El ocaso de los dioses*.

Ernesto Vilches, *Como Dios nos hizo*.

Juan Bonafé, *Por seguir a una mujer*.

Emilio Díaz, *¡Mozo, traiga otra copa!* (Tango argentino.)

Paco Hernández, *Cristalina*.

Ramón Peña, *Las vueltas que da el mundo*.

María Gámez, *¡Calla, corazón!*

Miguel Muñoz, *Vivir*.

Antonia Herrero, *Para hacerse amar locamente*.

Rafael Rivelles, *¡Que no lo sepa Fernanda!*

Carmen Moragas, *El brillo de los caireles*.

Gómez Ferrer, *Los chorros del oro*.

Simó Raso, *Entre Pinto y Valdemoro*.

Ricardo Calvo, *La alegría del vivir*.

Zorrilla, *Los ojos de luto*.

Alberto Contreras, *La guardia amarilla*.

María A. de Burgos, *Mancha que limpia*.

Julia Lajos, *Lo que no puede decirse*.

Ricardo Puga, *Por las nubes*.

Teodora Moreno, *El señor Joaquín*.

Joaquín Puyol, *La famosa Teodora*.

Pepito Roméu, *El niño prodigio*.

Carmen Andrés, *Lluvia de hijos*.

Matilde Moreno, *La duquesa del Tabarín*.

Mercedes Pérez de Vargas, *Elegancias*.

Loreto y Chicote, *Los monigotes*.

Pepe Santiago, *La capilla de Lanuza*.

Felipe Carsi, *¡Muérete y verás!*

Emilio Valentí, *El desconocido*.

Arturo Larriva, *La mascota*.

José Isbert, *La losa de los sueños*.

Borrás, *¡Adiós, juventud!*

Santacana, *El idiota*.

Jesús Tordesillas, *Jesús que vuelve...* de Salamanca.

Manuel Collado, *¡Que te crees tú eso!*

José Moncayo, *La fiebre verde*.

Catalina Bárcena, *Una mujer sin importancia*.

Ruiz Tatay, *Pastor y Borrego*.

Fernando Porredón y Manolo París, *Los dos pilletes*.

Carmen Oliver, *Lo cursi*.

Monteagudo, *Los valientes*.

Señorita Díaz-Plana, *Las travesuras de Anita*.

Y basta. Otro día diremos las obras que preparan los autores...

José L. MAYRAL

Cosas de teatros



ENTREMÉS



JUGUETE
CÓMICO

PRESTAMOS



MONÓLOGO



COMEDIA



DRAMA



TRAGEDIA

No tengo más
ganancia de ha-
cer monos.
¡Hace mucho
tiempo y....
hasta el
domingo!



Reflexión

DIBUJO DE ROBLEDANO

CANCIÓN DESESPERADA

(Este triste canto corre a cargo de un gachó con más mala suerte que Loreto Prado en amores, y el cual gachó, al entonarlo, se acuerda con demasiada frecuencia del pavoroso estilo de D.^a Raquel Meller.)

«Serranillo...,
serranillo...,
no me mates, gitanillo...
¡Qué mala entraña tienes pa mil...
¿Cómo pues ser así?...»

(Gloriosa y célebre canción que sirve de elegante norma para dar al viento las notas de ésta. ¡Pueden ustedes probar a cantarla, con la misma música y todo, y verán qué requetebién resulta!)

Es mi vida una tragedia continuada...
Son pa mí todos los días martes trece...
Si me afeito, la navaja está mellada...
Si en mi huerta planto un rábano, no crece...
Cuando voy a los teatros, no hay butacas...
Cuando pido chocolate, me dan tila...
Si una carta escribo a Cuenca, va a Caracas...
¡Si me duermo, una murga me *espabila!*...

¡¡Mala pata!!
¡¡Mala pata!!
¡¡Lo que yo ato se desata!!
¡¡Y si una rosa pongo en mi ojal,
al punto huele mal!!

A un dentista le encargué una dentadura,
pues sin muelas y sin dientes me vi un día;

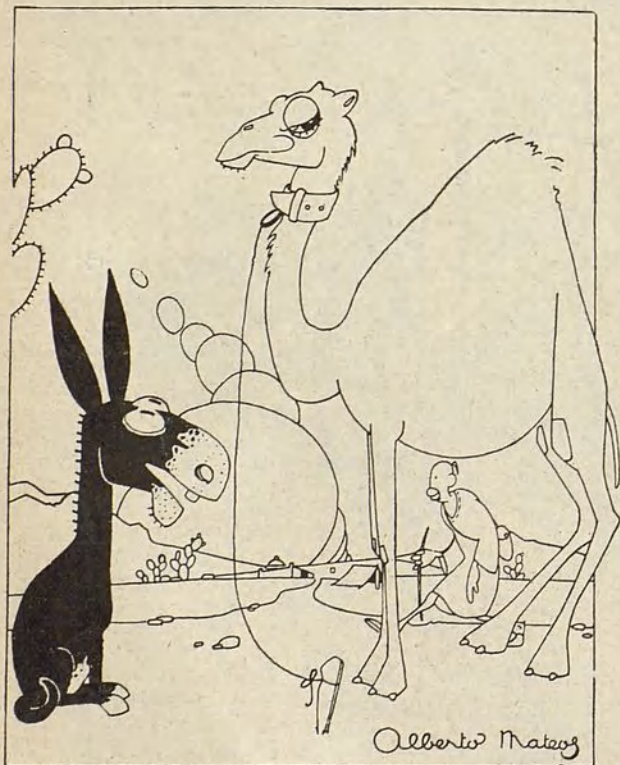
pero luego de pagarle la factura,
resultó que pa comer yo no tenía...
Suicidarme resolví inmediatamente,
y en el mar me sepulté en la blanca espuma...
Pero al punto me salvó un hombre valiente,
¡¡y hoy, por culpa del baño, tengo reumal!...

¡¡Mala pata!!
¡¡Mala pata!!
¡¡Así dice el que me trata!!
¡¡El mismo día que yo nací,
la pata ya metí!!

Una suegra yo tenía que arañaba...,
pero un día *la diñó* del escorbuto...
Y mi suegro, el pobre hombre, a moco y baba
la lloró con desconsuelo (¡vaya un bruto!).
Mas, cansado de llorar amargamente,
de repente desechó la pena negra...,
¡y contrajo matrimonio nuevamente!...

¡¡De manera que he vuelto a tener suegra!!!...
¡¡Mala pata!!
¡¡Mala pata!!
¡¡Tengo un duro, y no es de plata!!
¡¡Hace dos días que me he casao,
y ya me la han pegaol!...

NÉSTOR O. LOPE



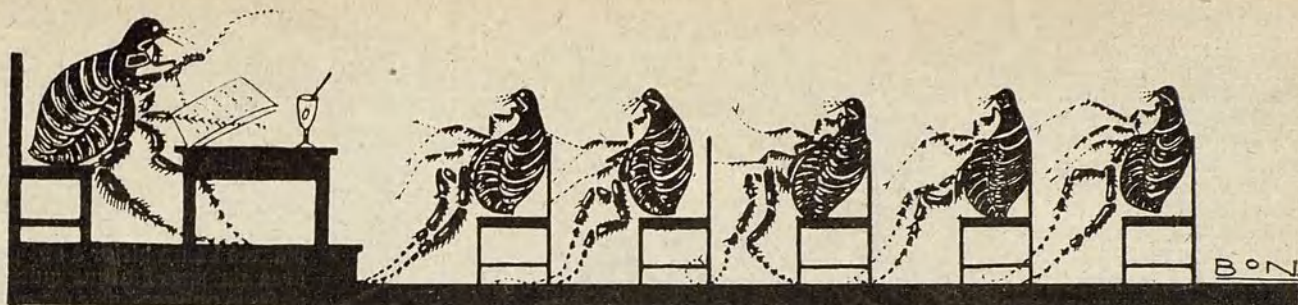
Dib. MATEOS. — Valencia.

— Pues sí, hermano burro, de todos los animales que estábamos en el aduar cuando hicieron la razzia, únicamente yo logré escapar.
— ¡Sí que se necesita tener potra!



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— ¿Has visto alguna reunión de mujeres completamente calladas?
— Sí, hombre; una vez que una preguntó cuál de las presentes era la de más edad.



MEMORIAS DE UNA PULGA

NOVELA, POR J. SAN GERMÁN OCAÑA

ILUSTRACIONES DE BON

(CONTINUACIÓN)

Sabido es que la raza de las pulgas estima más que ninguna otra cosa la pureza de la sangre, hasta el extremo de disputar deshonroso todo cruzamiento. La pobreza puede ser enaltecida, a condición de que sea honrada. Ignoro la etiología de este fenómeno; pero es evidente que existe en nosotras una ponderada suprasensibilidad moral, una hipertrofia del sentido racial que obedece a reminiscencias atávicas. Un bibliófilo de *Pulex canis* halló hace años en cierto archivo crisalítico un palimpsesto que, traducido e interpretado concienzudamente, acusaba que el origen de este sentimiento tenía su arranque en el arca de Noé.

Parece que durante el Diluvio universal, poseídos los animales dentro de la famosa arca de la maravillosa alegría de haber sido elegidos para salvarse, sintieron algo semejante a una calentura frenética de vivir con mucha intensidad, estimando que aquel prolongado ocio, en el que encontraban el alimento cotidiano sin ningún esfuerzo, no podía ser más que una excitación divina a la reproducción de las especies para poblar de nuevo el planeta, sepulto en las aguas. Y sucedió que en cada raza, y en cada género, y en cada orden, y en cada familia hubo vergonzosas promiscuidades, cruzamientos indignos, lamentables mixtificaciones. Aquello debió de ser una orgía desenfrenada del instinto sexual. Ello fué que, cuando el arca-mundo arribó al monte Ararat, el planeta estaba virtualmente repoblado, porque la función maternal se había ejercido de manera tan copiosa, que el precepto bíblico *cresci-*

te et multiplicamini quedó relegado a la categoría de un simple ensayo de aritmética elemental. Por lo visto, se aplicó a la reproducción las tablas de logaritmos.

Pero las razas volvieron a la tierra, al mar y al aire desnaturalizadas, contaminadas las esencias intrínsecas de sus caracteres étnicos. Sólo las pulgas conservaron la pureza de su sangre, porque eran una raza fuerte, y de ella habría de nacer más tarde la Gran Crisálida para redimir a todos los parásitos.

Y esa tradición es sagrada para nosotras; tan sagrada, que una pulga, sea hembra o varón, que establece ayuntamiento lícito o ilegal, o simplemente inicia amores platónicos con un ejemplar de otra cualquiera de las veintisiete especies que constituimos, queda automáticamente deshonrada y maldita, y exonerada de sus títulos, honores, dignidades y cargos públicos, si los tuviera. Pierde su honor, y con frecuencia la vida, si no huye a lugar ignorado. Del terrible estigma no se salvan sus descendientes mientras las generaciones lo recuerden.

Yo tenía en mi destino, desde antes de nacer, la triste misión de estar marcada con este estigma infamante. Sin embargo, como explicaré en estas páginas a su debido tiempo, no lo supe hasta varios meses después, precisamente cuando se abrían a mis ilusiones de pulga joven y hermosa los claros horizontes de la máxima dicha.

En la época de mi infancia feliz yo no podía darme exactamente cuenta de la enorme desgracia que pesaba sobre mi vida. Repito que entonces sólo tenía la doble preocupación de mis juegos inocentes y de satisfacer mi voraz apetito. Pero pronto habría de explicarme muchas cosas lógicas que en aquella sazón me pasaban inadvertidas.

Mi madre vivía sola conmigo. Nunca la conocí una amiga de nuestra especie, ni un deudo, ni estableció con nuestras vecinas del cuarto de baño ese visiteo tan natural y tan beneficioso en ocasiones, que suele ser frecuente en las costumbres de las pulgas sociables. Al contrario, parecía rehuir todo



contacto con ellas; y ellas, por su parte, al verla pasar con sus saltos gentiles — porque mi madre era una real pulga en plena madurez —, los ojos bajos y las antenas mustias y caídas, le volvían la espalda desdeñosas, para no verse obligadas a darle las buenas tardes. Alguna, más descarada o más hostil, solía murmurar desde la puerta de su agujero: — Esa golfa es la mancha de este barrio. ¡Buen ejemplo le dará a la infeliz Tolita!

Cuando oía este agravio, mi madre llegaba a casa silenciosa y pálida, y se arrojaba hecha un mar de lágrimas sobre la cáscara de alpiste que nos servía de sofá. Yo corría a llenarla de besos y a poner en orden con mis patitas delanteras el revuelto pelo rubio de su brillante lomo. Y ella, enjugándose los ojos con la antena derecha, me aconsejaba, trémula la voz:

— Hija mía, nunca tengas trato con pulgas de baja extracción. No nos perdonan nuestra alcurnia. ¡Cómo se conoce que nos falta la sombra de tu padre!

Yo aprovechaba aquellos momentos de íntima aflicción para preguntarle:

— ¿Y por qué no vive papá con nosotras? ¿Dónde está mi padre?

— Tu papá está... muy lejos, hija. Es un príncipe americano...

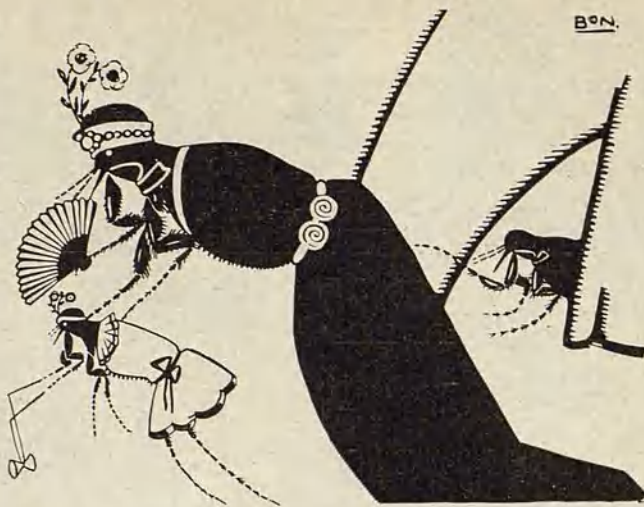
Pero yo no había visto jamás que el cartero ni el ordenanza de Telégrafos dejaran una carta ni un cablegrama para nosotras. Además, recuerdo que una vez, una pulga gorda y grosera, desgredada y con los anillos del vientre fofos, que sólo se nutría de la sangre de las criadas, apartó de mí violentamente a una compañera mía de juegos, diciéndole:

— Ya te he dicho que no quiero que te juntes con Tolita. Tolita es hija... de un demonio...

Todos estos y otros detalles significativos, y principalmente la actitud de perpetuo desconsuelo de mi madre, que sólo salía de casa el tiempo preciso para picar al marqués o a la marquesa, y permanecía horas y horas llorando y suspirando sobre el viejo sofá de paja de alpiste, fueron poco a poco imbuyendo en mi ánimo la convicción de que un ramalazo de tragedia había sacudido con ímpetu desolador el alma de los autores de mis días...

¡Ah!... Pero no era posible que mi incipiente inteligencia pudiera todavía discernir y aquilatar la exacta magnitud del infortunio.

Me estaba reservada la castrófica sorpresa para mo-



mento más propicio, como una ofrenda definitiva de las fatales Larvas negras.

IV

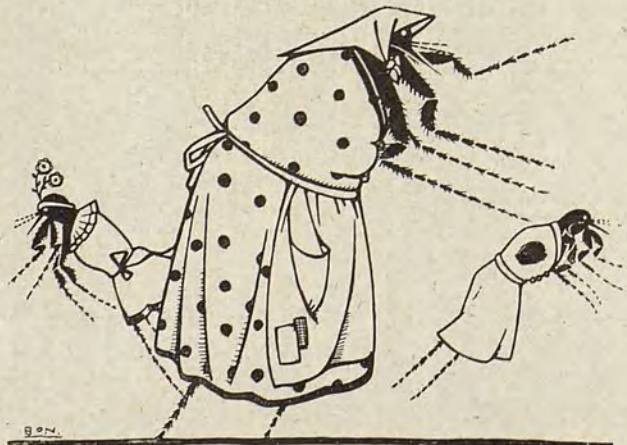
La primera emoción intensa de que tengo recuerdo, se levantó en mi espíritu el día en que me vi forzada a ganarme el sustento por mí misma. Nunca he podido olvidar, ni aun en medio de las tempestuosas vicisitudes por que he pasado, aquella extraña sensación de miedo a lo desconocido, que iba mezclada con el orgullo pueril de saberme capacitada para vivir sin ser gravosa a nadie y acaso de ser útil a mi raza.

Una tarde, cuando después de la merienda me disponía a salir al parque para jugar al balón con un grano de mostaza, hubo de retenerme mi madre con un ademán ceremonioso y raro.

— Espera, Tolita — me indicó —. Tengo que decirte una cosa.

— ¿Has tenido noticias de papá? — pregunté yo muy contenta, dando saltitos sobre la alfombra de piel de cucaracha cordobesa que había delante del sofá.

— No; es algo más serio, hija mía. Me sentó sobre una de sus largas pa-



tas traseras, besóme con ferri- rura en la trompita dentada de mi boca, y me advirtió, muy conmovida:

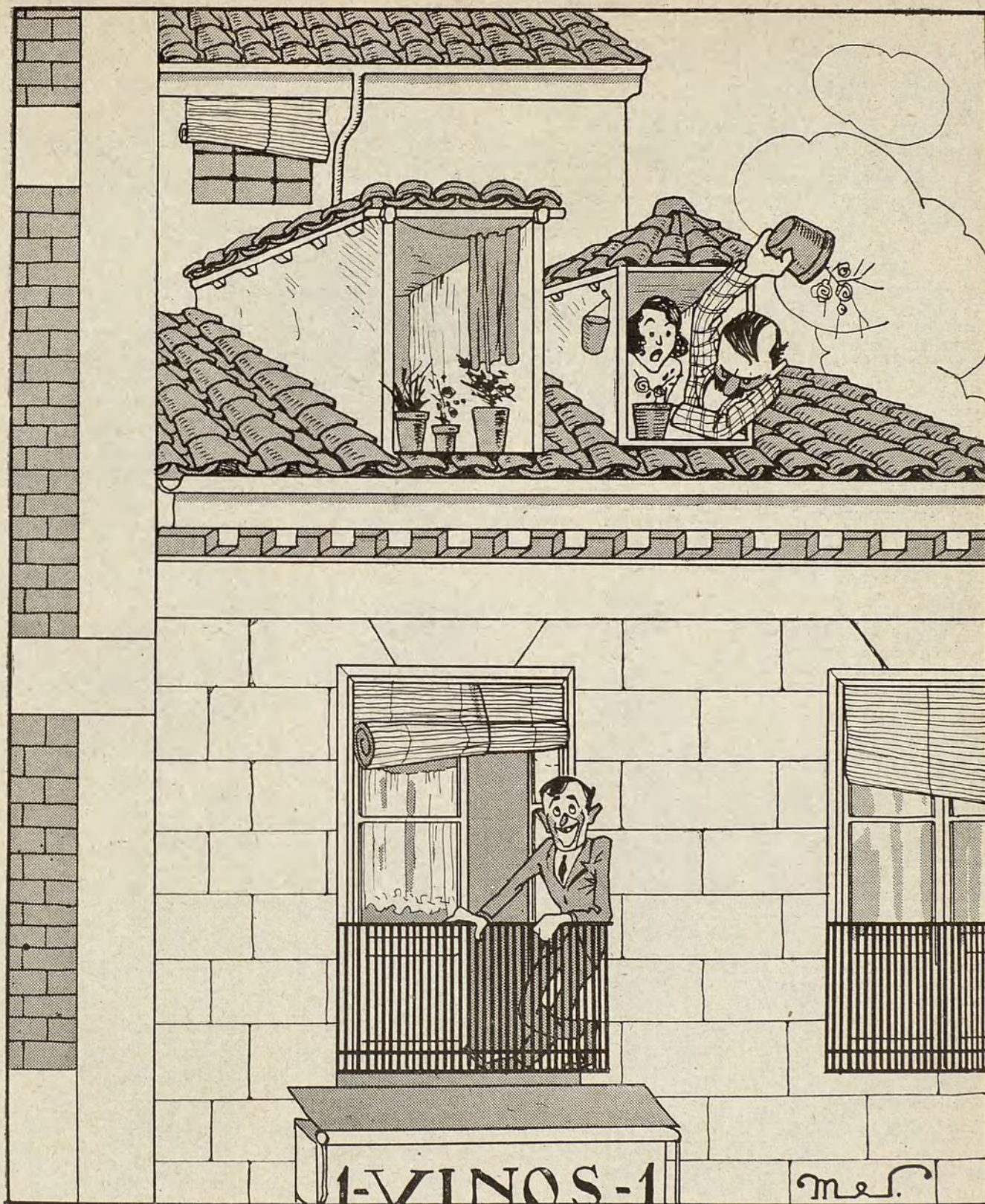
— Mira, Tolita, en nuestra religión hay un mandamiento por el que los hijos deben honrar a los padres. De ninguna manera honra mejor a sus padres un parásito que quitándoles la obligación de dejar de serlo. Si yo continuaré manteniéndote, perdería mi condición parasitaria, porque la verdadera dignidad de un parásito estriba en no mantener a nadie. Es preciso, pues, que te ganes la vida por ti misma, para evitarme la vergüenza de tener que subvenir a tu alimentación. Estoy faltando descaradamente a mi deber. Espero que tú sabrás cumplir con el tuyo. Tienes ya veintisiete días de edad. Eres fuerte, sana y animosa. Esta noche te buscaré colocación. Vendrás conmigo cuando se acueste la marquesa.

Yo sentí un rubor desconocido y algo angustioso, parecido a un nudo que me oprimiera los anillos abdominales. Comprendí que mi madre tenía razón de sobra, y me propuse respetar sus escrúpulos sentimentales y religiosos. Quedó concertado que por la noche la acompañaría para buscarme destino decoroso, puesto que mi madre, fiel a su manía de grandezas, era la más interesada en que yo hiciera mis primeras armas sobre una piel humana digna de mi estirpe.

Durante una hora me instruyó convenientemente acerca de las normas y previsiones que había de adoptar y de los peligros que debería rehuir en el penoso ejercicio de mi trabajo; trabajo que era indispensable metodizar y regular, porque es la única renta que una pulga puede disfrutar bajo el sol. Las dos cualidades supremas de una pulga que aspire a tener prestigio y a conseguir una posible vejez tranquila, son la cautela y el sentido de la orientación. La temeridad y la insensatez son patrimonio exclusivo de las especies inferiores, que aun tienen el nivel cultural de nuestras civilizaciones primarias, cuando la pulga troglodita, mucho antes de existir las personas, los perros y los gatos, vivía en estado semisalvaje en la rabadilla del reno o sobre el espinal de la gran mamut.

Nuestros higienistas han demostrado y difundido hasta la saciedad que el afán inmoderado de picar en todos los pellejos humanos nos expone frecuentemente a adquirir multitud de enfermedades y vicios por transfusión de la sangre.

(Se continuará.)



Dib. MEL. — Madrid.

— ¡Qué cosas, Dios mío, qué cosas le voy a poner en la carta!... ¡Bueno, es que se me están viniendo a la cabeza unas cosas, que voy a estar sembrao!...

C U E N T O V I E J O

Donde las dan las toman, o el castigo de la fanfarronería

Tan gentil fantasmón como don Macario del Robledal y Terradillos no le había en toda la villa; y lo notable era que en el fondo de su persona tenía un alma de cántaro que hubiese hecho las delicias de Alcorcón, la cuna invicta de la alfarería castellana.

Cierto que la humanidad de su merced le presentaba a los ojos de sus semejantes como otro Sansón, para el que no había cosa, por formidable que fuese, que no pareciera liviana.

Era hombre que tirando a la barra no tenía par entre cuantos riojanos y aragoneses había en Madrid. Resistente en el andar era (dicho con perdón de su memoria, pues ya ha muchos años que come tierra) como una mula de alquiler. Caminaba de ordinario cinco o seis leguas como quien da una vuelta en torno de la Puerta del Sol.

Al cabo de la jornada comiase medio cabrito, acompañado de una hogaza y regado por una azumbre de lo de Arganda, y quedábase tan tranquilo.

Bien que cuando sudaba podía llenar una alberca, y si soplaba para renovar el aire de los pulmones, que, por lo potentes, parecían dos fuelles de fragua, levantaba una ventolera que no quedaba cosa a su alrededor.

Tal creía que su fortaleza era invulnerable, que siempre andaba empeñado en constantes apuestas.

Muchos que se preciaban de irle conociendo, aseguraban que todo ello no eran más que triquiñuelas para vivir y mantenerse a costa de los demás; pero, por si acaso se daba la circunstancia de que toda su fachenda tenía visos de ser auténtica, nadie se atrevía a llevarle la contraria.

En todas partes hacíanle lugar como a ser superior, y él, que con ello se inflaba como pavo, a cada instante daba motivos para mantener su prestigio.

Pero un buen día acaecióle que, por obra y gracia del ridículo, quedó su inocente vanidad deshecha, como la sal en el agua.

Como en todas partes hacía ostentación de sus hercúleas

fuerzas, y aun armaba camorra para que le temiesen, no siendo capaz de hacerle daño a una moca, ocurriósele a un no bienintencionado jugarle una mala pasada de la que todos se rieran.

Acudió el hombre a un concurso de fuerza y destreza organizado entre vascos, que siempre fueron amigos de estos deportes.

Llevaba en la diestra un formidable bastón, que bien pudiera pasar por aquel recio tronco con que San Cristóbal se ayudó para pasar el río llevando sobre sus fornidos hombros la tierna carga del Niño Dios. Era el tal palo objeto que tenía en alta estima, porque fué hecho de una rica madera americana y regalo de un tío que fué presidente de la Audiencia de Lima.

Desde que vió aparecer el portero al formidable hidalgo pensó en reír a su costa.

— Perdone su merced — le dijo —; pero, para evitar pendencias, tengo recibida orden de que no pase nadie con bastón, y menos si son tan recios como ése. De suerte, que es preciso que le deje aquí si quiere pasar adelante.

— Mire usted — replicó el forzudo — que es pieza famosa, y más por el recuerdo que representa que por lo que vale, me pesaría de perderla.

— Descuide su merced, que aquí queda tan seguro como hincado en la tierra cuando fué árbol.

— Con todo — volvió a replicar don Macario —, bueno sería que se sepa a quién pertenece, para que no críe golosos.

Y sacando una pluma y un tinterillo de cuerno que siempre llevaba consigo, escribió en una hoja de papel que le prestara el portero, dejando luego lo escrito junto al palasán: «Este bastón pertenece a don Macario del Robledal y Terradillos, que cuando se incomoda da unos puñetazos que hacen una presión de veinte arrobas.»

Y entróse tan satisfecho de que su *alhaja* quedaba asegurada de ladrones.

Mas no contaba con la huéspeda; y fué que, cuando acabóse la fiesta y salió, encontróse en el lugar donde había dejada el magnífico garrote otro papel escrito que decía: «El bastón se le ha llevado un hombre que corre sin cansarse veinte leguas de una carrera...»



Dib. MURO. — Valencia.

— ¡Pobre don Tadeo!... ¡Con lo enemigo que era de los retratos de medio cuerpo!...



Dib. DEMETRIO. — Madrid.

LA MUJER. — *Creo que estamos a tiempo de una separación amistosa.*

DIEGO SAN JOSÉ

AFECTOS CONYUGALES

Por JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

En el cuarto de enfrente del que habita don Fidel Palomino de la Porra con su cara mitad, viven don Lucas Almorta del Moral y su señora.

Amigos unos de otros, por el patio se suelen saludar, y es rara cosa que pase Almorta ratos nada cortos mirando embelesado y siempre a solas

el pequeño retrato de una dama sostenido en su mano temblorosa.

«¿De quién será la tal fotografía, que tanto le interesa y le enamora?»,

murmuraban curiosos los vecinos; hasta que una mañana doña Rosa, la mujer de Fidel, sin circunloquios, esto dijo al vecino en buenas formas:

— Perdone usted, don Lucas, siempre amable, que le haga una pregunta... quizás tonta: ¿De qué linda mujer es el retrato que tanto mira usted?

— De mi señora.

— ¿Es posible, teniendo a sus alcances el propio original a todas horas?

— ¡Ya ve usted si es posible que lo mire, y además que lo besé! — contestóla —.

¡Hay tal fuego en las niñas de sus ojos!...

¡Hay tal gracia en el juego de su bocal!...

Y entonces la vecina de don Lucas le dijo a su Fidel, seria y nerviosa:

— ¡Aprende, descastado, a sentir esa pasión de un buen esposo por su esposa!

¡Ahí le tienes, mirándola en efígie, sin dejar de besarla!... — Y dijo Almorta:

— Sólo de ello es causante, sin saberlo, un fotógrafo malo de Gerona

que la hizo el tal ratrato. Cotejado

con el original (esto no es broma),

se puede asegurar que se parecen lo mismo que un merengue a una pistola.

— ¿Y por qué la contempla embelesado?

— ¡Porque me hago la idea de que es otra!...



— ¿Firmamos el contrato?

— Le advierto que tengo muy mala letra.

— ¡Qué más da! No es la letra lo que tiene usted que enseñar al público.

Dib. URIBE. — Madrid.

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL ACRÓBATA, por Georges Auriol

El poeta Mac Gaschen y yo fuimos a La Cornouaille en busca de viejas leyendas célticas. Después de una larga estancia en Quimper, llegamos a Saint-Guenolé, y mientras que nuestro *chauffeur* llevaba sus cuarenta caballos al *garage*, ante los ojos espantados de los paisanos, llegamos a casa del cura, que era un poco bardo y que nos había invitado a comer en su casa.

Cuando la vieja criada sirvió el café, capaz de resucitar a un muerto, Mac Gaschen dijo:

— Este es un país delicioso. Los habitantes, estos ingenuos bretones, no saben si vive todavía Napoleón. Pero en Saint-Patrick, en mi tierra, en Irlanda, el día que se decidan a visitarme, encontrarán historias asombrosas. Nuestros paisanos están todavía más retrasados. Casi todo el pueblo no sabe escribir su nombre..., ni leer siquiera..., y en los pueblecillos, los curas son tan pobres e ingenuos como los campesinos. Pero son tan buenos, que no necesitan ciencia para llegar al corazón de sus feligreses. ¿Conocen ustedes la provincia de Ulster? ¿Sí?... Mi padre tiene un castillo allí, en las montañas. Es un país adonde nunca ha llegado nada nuevo. Un día, un pequeño circo ambulante,



CASA DE HUÉSPEDES

— Siento mucho estropearles la partida; pero este señor insiste en acostarse en su cama...

(De The Humorist, de Londres.)

con tres caballos solamente y un oso viejo, llegó a este país, por casualidad, porque un *clown* se había puesto enfermo y no tenían dinero para llegar hasta Belfast.

»Ustedes saben cómo somos de católicos en Irlanda. Pâques, el *clown*, no había sido muy devoto; pero sintió renacer su religión después del golpe que le había puesto a las puertas de la muerte, lo cual no puede ser más corriente.

»Se fué a confesar, y el cura, que no era un gran sabio, al parecer, y que no había visto nada fuera de su pueblo, al acabar de decir sus pecados el *clown*, le preguntó:

»— Usted es extranjero, ¿no es eso, amigo mío?

»— Sí, padre.

»— Y ¿a qué se dedica usted?

»— Soy acróbata.

»— ¿Acróbata? ¡Oh! ¿Qué es eso?

»— Trabajo en el circo. Doy volteretas, saltos mortales y me sostengo en un brazo.

»— ¿Qué es eso de dar saltos mortales y volteretas? Y lo otro, el sostenerse en un brazo, ¿qué es?

»— Espere usted un poco, padre. Se lo voy a enseñar. Se dan dos vueltas en el aire y se queda uno cabeza abajo apoyado en una mano, con los pies por el aire. ¡Así!

»En un rincón de la iglesia había una pobre vieja con su hija esperando para confesar. Y cuando la madre vió al hombre con los pies por alto, dijo a su hija:

»— ¡Anda! ¡Vámonos a casa! ¡Tienes que ponerte unos pantalones limpios, Betsy! ¡Vaya unas penitencias que echa hoy el cural!



EL PRESTIDIGITADOR. — ¿Me has visto alguna vez en tu vida, niño?...

EL JOVEN ESPECTADOR. — Nunca, papá...

(De London Opinion, de Londres.)

A. R. H.

¡MIENTEN, SÍ, SEÑOR!

Quien afirme que es Neptuno el rey de los mares, miente.

Como miente quien diga que Júpiter *tunante* reina en el Olimpo.

Ya no ejercen poder los dioses mitológicos: mamá Venus venderá periódicos en la Puerta del Sol un día de éstos; Baco se halla detenido en la Inspección

de Valdepeñas; Apolo es acomodador en el teatro de su nombre...

Todos lloran, destronados por la sin igual pasta dentífrica Sanolán, verdadera soberana de las dentaduras y madre protectora de los estómagos.

¡Pruébela usted, si no sabe lo que es bueno!



Concurso de pasatiempos del mes de junio

Soluciones a los pasatiempos publicados en el mes de junio:

1. Desvelo. — 2. Todo titirimundi. — 3. Cascabel. — 4. Noteveas. — 5. Tranviario. — 6. Coqueta. — 7. Esperanza Iris. — 8. Bartolo. — 9. Como en un libro abierto. — 10. Arrecife. — 11. Turno. — 12. Tomelloso. — 13. Tocino. — 14. Sémola. — 15. Descaro. — 16. Estúpido. — 17. Tautograma. — 18. Legítima. — 19. Granzas. — 20. Cartago. — 21. Tedio. — 22. Marizápalo.

Examinadas las trece mil cuarenta y dos soluciones recibidas, resulta que ninguno de los *piérdetempistas* las enviaron completamente exactas, debido, sin duda, a los temblores que acaban de estremecer la deleznable masa terráquea...

No obstante, publicamos a continuación la lista de aquellos que, más listos, sólo cometieron un error:

1. José García de la Sota. Portugal. — 2. Enrique Adame. Madrid. — 3. Manuel Arias. Arrieta, 11, Madrid. — 4. Conchita Lorenzo. Madrid. — 5. Magdalena Yarza. Princesa, 60 duplicado, Madrid. — 6. Alfonso Alvarez. Zurbarán, 11, Madrid. — 7. Antonio Herrera. Santa Lucía, 3, Madrid. — 8. Rafael Gómez. Princesa, 60 duplicado, Madrid. — 9. Justo P. Olariaga. Glorieta de Bilbao, 4, Madrid. — 10. Alejandro Salcedo. Espíritu Santo, 35 triplicado, Madrid. — 11. Fernando Gutiérrez Alamillo. Mediodía Grande, 9, Madrid. — 12. Ricardo de Diego. Palma, 62, Madrid. — 13. E.

— ¿Has visto Quinito qué mujer tan guapa se ha llevado, siendo él tan feo?

— ¡Sí es feo, sí! ¡Pero usa Licor del Polo de Orivel!

A M A D O R
— FOTÓGRAFO —
PUERTA DEL SOL, 13

Lo más interesante de toda la revista es la siguiente coletilla:

«Le consideraremos suscriptor si no devuelve el presente número al administrador de esta revista.»

Creemos que huelga añadir que el precioso ejemplar lleva ya camino de Villarejo de Salvanés.



Hemos rechazado los dibujos siguientes:

Uno de TILDE, DE TELLER, R. P. C. y EGUÍA; dos de OLIVA, ADEPÉ, P. DIEZ, VOLO, A. F. D. y GALINDO; tres de SANTOS y MARTÍN Y.; cuatro de COLIMA, y siete de A. M. B., de Valencia.

Este último señor es tan fresco que nos manda una copia de un dibujo de *K-Hito*, chiste inclusive.

D. C. Madrid. — Su carta nos sume en un océano Atlántico de dudas y confusiones. ¿De modo que nos ofrece varios artículos sobre *hombres célebres*, como César, Pompeyo y Cleopatra?... ¿Cree usted sinceramente que Cleopatra es un *hombre célebre*? Porque, vamos, Marco Antonio no era Dámata ni mucho menos... Lea usted las *Tragedias históricas* que publicamos, y no tardará en dominar estas cuestiones.

Casito. Madrid. — Es usted mucho más triste que una explosión de gas grisú.

A. B. M. Madrid. — ¿Cómo se le ocurrió a usted de pronto eso de hacer versos? ¡Con lo bien que se está en la oficina sin hacer nada! Sin duda, es algo de atavismo. Vamos a publicar un trocito para que nuestros lectores se vayan haciendo una idea:

«ZORAIDA

«*Leyenda morisca.*

«En una torre cautiva de la morisca Granada, hay una joven cristiana que está allí renegada. Omar se llama un zegrí que quiere probar su amor; pero ella, esclava de Ali, será fiel a su señor.»

Termina la leyenda de un modo tragiquísimo, con la muerte de Zoraida, de Omar, de Ali y de un abencerraje que atiende por Zeluán y que se presenta sin que nadie le llame...

«... Y al caer la tarde, allá en la vega que el Genil baña, corre la sangre, que se derrama con ruda saña.»

¡Qué bonito! ¡Eh?...

J. de B. — Poco original y poco gracioso.

R. P. San Martín de Trevejo (Cáceres). — ¿Está usted seguro de que se han publicado en revistas mamarrachadas más grandes que la suya?

¡Es usted un optimista!

Manuel Quemades Payá, de la Comandancia de Ingenieros, en la compañía de Telégrafos de campaña (Melilla), quiere una madrina de guerra.

V. E. Madrid. — Los versos de su amigo el señor Valls tienen un marcadísimo estilo que nos recuerda la obra de Enrique Reoyo *Horas tontas*. Lo cual quiere decir...

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

- Alvarez Alzaga. Factor, 16, Madrid. — 14. Clemente Rodríguez. Pizarro, 22, Madrid. — 15. Elena Jiménez Castro. Plaza de España, 4, Madrid. — 16. Mercedes Peyrona. Serrano, 36, Madrid. — 17. Enrique Pineda. Pérez Galdós, 2, Madrid. — 18. Fernando Pineda. Conde de Aranda, 18, Madrid. — 19. Irenita y Enrique. San Raimundo, 27, Madrid. — 20. Curro Jiménez. Hermosilla, 11, Madrid. — 21. José Hernández Sevilla. Madrid. — 22. Paco Baldomero-Lula. Hermosilla, 11, Madrid. — 23. Concepción Cachavera. San Raimundo, 27, Madrid. — 24. Ramón Tarodo. Avemaría, 46, Madrid. — 25. Eloy del Puerto. Paseo de San Vicente, 8, Madrid. — 26. José Jiménez Castro. Conde Duque, 3, Madrid. — 27. Marichu Peyrona. San Sebastián. — 28. Adelita Peyrona. San Sebastián. — 29. Alfredo Peyrona. Serrano, 36, Madrid. — 30. Emilio Riñón. Madrid. — 31. José Marcos Domínguez. Caja Postal, Madrid. — 32. F. L. Crespo de Tejada. Madrid. — 33. José María de Soroa. Conde de Xiquena, 8, Madrid.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 24 del actual.

El número de la Lotería Nacional correspondiente a los dos primeros premios es el 7.929, para el primer sorteo del próximo agosto.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

LIBROS Y REVISTAS

Hemos recibido un ejemplar de la elegante revista mensual, progresiva, democrática e independiente *Camino adelante*..., que se publica en Villarejo de Salvanés, y en la que firman los conocidos escritores Segovia, Vos, Alvarez Crespo, García Menéndez y Díez Villar, y que dirige don José García Castellanos.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

En una tienda.
— Déme usted diez céntimos de polvos insecticidas.
— ¿Los envuelvo, o los va usted a llevar puestos?

M. Conde. — Madrid.

En un tren viaja un torerillo sin billete. El revisor le dice:
— Tiene usted que pagar doble.
— ¿Quién ha hecho siete y media?

Chelo F. — Madrid.

— ¿Qué clase de lana sirve para afeitar?
— ¡...!
— Pues ¡la-na-vaja!

Andrés Gamboa. — Turleque (Toledo).

Infraganti
— Si su propósito no era robar, ¿para qué entraba descalzo y sin hacer ruido?
— Porque sé que en el piso de abajo hay un enfermo grave.

Luis Cueto. — Sevilla.

El maestro a uno de los discípulos:
— Exponga usted en este papel, señor Ramírez, los efectos de la pereza.
— Al poco tiempo el niño devuelve al maestro el papel en blanco.
— ¿Qué es esto? — le pregunta al verlo.
— Esos son, señor maestro, los efectos de la pereza.

En-re. — Madrid.

— ¿Cuál es el colmo de un futbolista?
— Regatear en el mercado.

C. P. — Crevillente.

— ¿En qué se parece una monja sin narices a un helado de chufas?
— En que es sor-chata.

Galigari. — Madrid.

— ¿Qué cuarto es el que no limpia la criada?
— El cuarto mandamiento.

Añalab. — Barcelona.

— ¿Cuáles son los hombres que menos pesan?
— Los madrileños.
— ¡...!
— Porque bailan en la Bombilla y no la rompen.

— ¿En qué se parece el estudio de un pintor a un pueblo.
— ¡...!
— En que tiene paletas, y, por lo general, sucias.

Una señora entra en una tienda y dice al dependiente:
— ¿Hace el favor de un par de medias avellanas?
— Señora, no ande con quebrados: dirá una avellana entera.

Los Tres Mosqueteros.

— ¿Cuál es el pez más aristócrata?
— El pez...-cante, porque siempre va en coche.
— ¿En qué se parece una magneto a una botella de aguardiente?
— En que las dos producen la chispa...

— ¿Cuál es el ave que tiene el nombre más largo?
— El abe...-cedario, porque tiene veintinueve letras.

El Binomio de Newton.

Entre amigos.
— ¿A que no sabes en qué entrada del teatro suelen gustar más las mujeres?
— No.
— En la general. ¿No has oído cantar a todo el mundo eso de

«Me gustan todas,
me gustan todas
en general...»?

Fray Chiripas.

No cabe la menor duda...
Las imitan; pero en vano.
¡Pastillas, las de la Viuda
de Celestino Solano!

Un individuo quiere poner casa. Va a un almacén de muebles, se fija en una mesa de noche y pregunta:
— ¿Qué mueble es éste?
— Una mesa de noche — contesta el dependiente.
— Y de día — interraga el comprador —, ¿no es mesa?...
Santiago Santacréu. — Madrid.

— ¿Cuáles son los hombres más limpios?
— ¡...!
— Los sacristanes, porque siempre están con el cepillo en la mano.

Gonzalo Ribera. — Madrid.

Entre aficionados.
UNO. — No hay localidad como la de tendido.
UN SEGUNDO. — La mejor es la de andanada.
UN TERCERO. — Amigos míos, yo, donde esté tendido..., que no me levanten...

J. Malo. — Santander.

En el café se comenta acaloradamente el gran éxito logrado la noche anterior por la obra X.
UNO. — Fíjate lo que son las cosas: el autor era un pobre representante que apenas si ganaba dos pesetas.

OTRO. — Se habrá dado cuenta de que con estas representaciones se gana más dinero...

Julián Larrea. — Barcelona.

En un almacén de sal entra un individuo y pregunta por el amo, y cuando está delante de él, se

echa a reír con toda su alma. El dueño, al verlo, le dice:
— Hombre, ¿por qué se ríe usted de esa manera?
— Porque... tiene usted la sal por arrobos...

Enrique Soria. — Madrid.

En una casa.
LA SEÑORA. — ¿Y usted pretende haber servido siempre en buenas casas?
LA SIRVIENTE. — ¡Oh, siempre..., excepto ahora!

K. T. To.

— Oye, Maruja, ¿ya no podrás salir con la carabina.
— ¿Por qué?
— Pues porque está prohibido el uso de armas.

P. Abín. — Madrid.

Enfrente de una tienda, en la que hay un letrero que dice «Papelería de Pico».
— Oye, Crótico, ¿cuántos dirás que caben en esa tienda?
— ¡No lo sé!
— ¡Pero, hombre, cuidado que eres tonto, pues cuatro hombres y pico.

El Hijo del Milanés. — Santander.

— ¿Cuál es el nombre familiar que sirve para hacer una charada?
— ¡...!
— ¡Pues el de una prima-segunda!

Andrés Gamboa. — Turleque (Toledo).

UNO. — ¡Caballero!... No hace usted más que pisarme.
EL OTRO (confidencial). — Perdóneme... Creí que era el pie de la señora madre de mi esposa.

Un vizcaíno. — Madrid.

Tres telegramas:
1.º «Papá, robados libros misteriosamente. Manda dinero comprar otros.»
2.º «Salgo primer tren bastón gordo hacer pesquisas.»
3.º (Urgente.) «No vengas. Tengo libros. Bro-ma mía.»

Un chistosillo. — Madrid.

Entre borrachos.
BORRACHO 1.º — Es usted un sinvergüenza.
BORRACHO 2.º — Eso lo será usted.
BORRACHO 1.º — No parece sino que hablo con un animal.
BORRACHO 2.º — Quien está hablando con un animal es usted.

José Aliaño. — Jerez.

— Ramona, ¿cómo sacas al niño, tan pequeño, de la escuela?
La madre, que es tendera:
— Porque me lo están echando a perder, enseñándole que un kilo tiene mil gramos...

Pedro Penab. — La Coruña.

El premio del número anterior ha correspondido a **M. Conde**.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., manteniendo la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojez, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfin y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa. —Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. —Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Dib. ARISTO TÉLLEZ. -Madrid.

—Deseo que me haga usted un retrato al óleo. Estaré sentada, con mi abanico de nácar y mi mantilla de Chantilly...

—¿Dice usted Chantilly...? ¿No sería mejor, entonces, al pastel?

Ayuntamiento de Madrid